

PALABRA DEOSO#4

.....
Chub Planet
.....

BOB FLESH



BBB
BIG BEAF BOOKS

Un principio es un momento muy delicado

Theodor leía el New York Times recostado en un sofá Luis XV. Teniendo en cuenta su envergadura de tremendo oso polar, la escena poseía una fragilidad evidente. Marc observaba desde la mesa de desayuno y se preguntaba si las patas aguantarían.

–Hum.

Su marido parecía muy interesado en un artículo en particular. De vez en cuando emitía uno de esos “hum” que empezaban a intrigar a Marc.

–¿Qué lees? –preguntó finalmente.

–Hum –repitió de nuevo.

Theodor tenía todo el aspecto de lo que en realidad era, un comisario artístico perteneciente a las clases altas de la sociedad neoyorquina. Un hombre culto de refinados modales cuya presencia y carisma se imponía sobre todo lo que le rodeaba. Vestía una bata de seda pura que evocaba el reinado de la dinastía Qing, las formas de un dragón chino se repartían por la

tela con esmerado gusto por el detalle. El tejido envolvía el corpachón de Theodor con delicadeza. Debajo no llevaba nada, estaba completamente desnudo. A la altura del pecho, la bata se abría y dejaba ver unas tetitas peludas y carnosas rematadas por dos pezones duros y oscuros. Marc solía llamarlos los interruptores del placer, aunque lejos de interrumpir nada, activaban el voltaje sexual de Theodor hasta valores de sobrecarga.

–Digo que qué lees –insistió Marc, antes de morder una tostada untada con mantequilla y mermelada de frambuesas.

–Oh, ya sabes, es esa historia sobre Moby Dick –Theodor ni siquiera desvió la vista hacia su joven y apuesto marido. Llevaba puestas las gafas de lectura, que descansaban sobre el puente bajo de su nariz. Sus ojos azules poseían una transparencia hipnótica del color del océano—. Es curioso, nada más.

Marc no alcanzaba a comprender.

–¿El qué es curioso? ¿Es que estás leyendo *Moby Dick* en el New York Times? ¿Es un artículo sobre la novela?

Por fin, ante la avalancha de preguntas, Theodor levantó la vista del periódico y fijó su atención en Marc. Lo miró con franqueza durante unos segundos, quizá un largo minuto, y

cuando se decidió a hablar, imbuyó a sus palabras de cierta solemnidad.

–Busca a tu Moby Dick.

–¿Perdón?

Marc seguía sin comprender. Instintivamente, miró el reloj de cuco de la pared. Sonó la hora en punto. Apareció el pajarillo. Y el pajarillo no cantó, en su lugar exclamó:

–Busca al Capitán Ahab.

Y repitió dos tonos más alto:

–¡Busca al Capitán Ahab! ¡Acaba con él!

Los objetos empezaban a perder su solidez. Las manecillas del reloj se derretían como un helado bajo el sol del mediodía. Marc se asustó y gritó:

–¡Theodor!

Pero Theodor empezaba a desaparecer bajo su bata de fina seda. Mientras sus redondeces se evaporaban alcanzó a emitir un susurro que atravesó los oídos de Marc de manera dolorosa, y el susurro decía:

–Te espero, sé que vendrás.

En ese preciso momento Marc despertó del sueño. Empapado en sudor, completamente perturbado por la nitidez de lo soñado y gritando a pleno pulmón:

–¡Espérameeeee!

El grito y la agitación despertaron al amante redondito que dormía a su lado.

–¿Qué? ¿iQué pasa!? –preguntó alarmado.

Marc estaba ya despierto pero seguía oyendo el eco de aquel susurro.

–Te esperooo, sé que vendrás...

El cuerpo delgado de Marc sudaba y había empapado su mitad de la cama. Lo vívido de la experiencia le afectó más que otras veces. Rompió a llorar.

–Te buscaré –balbució entre hipo de llanto.

–iMarc! iMarc! iReacciona! Es solo otro de tus sueños.

–Te buscaré.

El amante gordito de Marc, que no era sino su querido Leo Cunningham, tenía razón. Era solo otro de sus sueños, pero de los malos, de aquellos que evocaban el recuerdo nítido de su desaparecido marido Theodor.

–Está vivo, Leo, ¿es que no lo entiendes? –le dijo Marc como si hubiese sido presa de una revelación.

Leo sabía que semejante posibilidad era ciertamente remota. Theodor había desaparecido, junto a los demás pasajeros, durante un vuelo transoceánico con destino a Australia. No hubo más noticias. Aquel avión se evaporó como

el alcohol quemado. ¿Estaba vivo? Formularse la mera pregunta ya resultaba doloroso.

–Lo entiendo, Marc –mintió.

Leo atrajo a su regazo a su joven amigo sin importarle el sudor abundante ni los fluidos provocados por el llanto. Marc apoyó su cabeza sobre las tetas lampiñas de su amante y se dejó acariciar el pelo.

–Ahora duerme.

Eran tan solo las dos y media de la mañana. La oscuridad de la habitación lo bañaba todo. El ruido de un generador eléctrico era la banda sonora nocturna. Afuera, en las calles de Barcelona, se escuchaba el rumor de una patrulla de limpieza lanzando chorros de agua sobre el asfalto. El acogedor cuerpo de Leo, sus caricias y aquella serie de sonidos soporíferos consiguieron que Marc cayese de nuevo en brazos de Morfeo. La expresión de su rostro se suavizó, la sal de sus lágrimas cristalizó.

Horas más tarde, la luz del nuevo día daba a entender que todo estaba bien, ahuyentando cualquier mal recuerdo. Con todo, Marc se sentía cansado. Sin energías para trabajar. Había empezado un nuevo cuadro, *Ano #25*, un retrato del año de su viejo amigo y amante ocasional Leonard Cunningham, neoyorquino de origen

escocés de algo más de cuarenta años que había recalado en Barcelona para visitarle. No obstante, aquel día no pensaba dedicarle mucho tiempo a los pinceles.

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó Leo mientras desayunaban.

Marc se hallaba un tanto taciturno. No respondió. Untaba una tostada con mantequilla, cuando esa acción le evocó el sueño otra vez.

—Creo que no —dijo al fin, abandonando la tostada sobre el plato.

—¿Ha sido de los peores? —quiso saber su amigo.

—Sí. No sé. Es que fue...

—...tan real —completó Leo.

Marc lo miró. Leo le devolvió la mirada. En el rostro de Marc se percibían procesos mentales que requerían de una explicación que se escurría entre los dedos como la arena del desierto. A veces se sentía objeto de sueños y revelaciones tan intensas que las experimentaba desde un plano casi sobrenatural. ¿Era posible que...? A duras penas se atrevía a formular la pregunta completa. Hasta un escéptico como él empezaba a dudar. Quizá había un plano invisible que luchaba por contactar con él. Pero, ¿con qué fin?

—He leído en Internet que ante un trauma como el tuyo es natural que... —empezó a

decir Leo con intención de tranquilizar a su amigo.

Marc le interrumpió.

—Si uno lo desea, Internet siempre le da la razón —añadió él bruscamente.

Ante semejante afirmación, Leo comprendió que lo mejor era dejarlo correr. Marc estaba de muy mal humor aquella mañana. Confiaría en las propiedades curativas del silencio. Así que se levantó y recogió el servicio de desayuno. Lo depositó sobre la barra de la cocina. Luego lo metió todo en el lavavajillas y desapareció por el pasillo.

Marc sufría. No había sido justo con Leo. Pero es que aquel sueño... ¡Maldición! Aún sentía en la boca un regusto a miedo y sudor que se lo recordaba. Abandonó la cocina y fue en dirección al salón. Tenía allí colgado un póster de grandes dimensiones bellamente enmarcado que anunciaba una exposición del joven pintor Marc Brossa. Se trataba de un recuerdo de la primera vez que expuso sus pinturas en la galería de Ginny, muy buena amiga de su Theodor, unos ocho años atrás, cuando aún era conocido por su apellido de soltero. Aquel cartel significaba mucho para él pero no tanto como lo que ocultaba.

Marc lo descolgó con mucho cuidado y lo depositó en el suelo. En el hueco que había dejado en la pared apareció una caja de seguridad.

Introdujo un código y se abrió. Buscaba una cosa en concreto, algo así como un talismán cuyo poder resultaba efectivo en momentos como aquel. El retrato de Theodor, *Amor #1*. Le había ayudado en numerosas ocasiones y esta vez no fue una excepción. Marc extrajo la tela enrollada de su funda protectora y la admiró en silencio.

–Theodor –susurró.

Una vez más, funcionó. Enseguida se sintió mejor y comprendió que se había mostrado demasiado huraño con Leo. Debía enmendar tal injusticia. Su amigo abandonaba Barcelona esa misma tarde y merecía una despedida feliz. Fue a buscarlo a sus aposentos, una amplia habitación de invitados remozada tras el reciente trabajo de los pintores.

Leo acababa de darse una ducha y solamente vestía una toalla en la cintura. Tenía un precioso cuerpo redondeado, sin un solo pelo, con la excepción de un pequeño sendero piloso en el pecho. Su piel poseía un tono cálido y acogedor. Era pelirrojo. Sus orígenes escoceses se adivinaban en el conjunto.

–Lo siento –dijo Marc asomando la cabeza junto a la puerta entreabierta.

Leo le daba la espalda, estaba inclinado sobre su maleta abierta, parecía buscar algo. Algunas gotas se apreciaban todavía a la altura de sus suaves omoplatos. La toalla se había aflo-

jado y dejaba entrever una seductora hucha de carne.

–No debes disculparte, supongo que hay días –respondió sin darse la vuelta.

–Ya estoy mejor, he recuperado el buen humor.

–Celebro escuchar eso.

Marc estaba un tanto intrigado por lo que estaba haciendo su amigo escocés.

–¿Qué haces? ¿Buscas algo?

–No, es solo que estoy haciendo hueco en la maleta. Quiero que quepa esto.

Leo cogió en sus manos una caja mediana, algo que se había comprado.

–¿Qué es?

–Tú mismo –Leo le lanzó la caja, Marc la cogió al vuelo.

–Masajeador de próstata Nexus Revo 2 –leyó Marc.

–No tengo experiencia con esos juguetes, quizá me estoy perdiendo algo. Lo compré ayer en el sex-shop del Eixample.

Marc miraba la caja un tanto excitado. Había despertado su curiosidad.

–Tampoco yo he probado nunca estos juguetes. Pero ya sabes que yo soy de culo estrecho. ¿Puedo sacarlo?

–Por supuesto.

Marc abrió la caja y extrajo el masajeador. Le pareció muy ergonómico y sofisticado, como si fuese un objeto llegado del futuro, un futuro en el que la tecnología y el diseño se aliaban en nombre del placer. Tenía forma de ele. El extremo más grande emulaba un falo de contorno agradable y suavizado. Obviamente, esa era la parte destinada a introducirse en el ano y masajear la próstata, dentro albergaba un motor que admitía diferentes movimientos y velocidades; el otro extremo, más corto, consistía en una superficie rugosa que se frotaba contra el perineo.

—¿Funcionará este invento? —preguntó.

Leo estaba de pie junto a la cama. Iba descalzo y la toalla parecía a punto de deslizarse hasta sus tobillos. Sus tetas y su barriga redonda aún conservaban ese característico color de la piel conseguido tras una ducha muy caliente.

—Estoy recién duchado —dijo mientras permitía que la toalla cayese por su propio peso—. Supongo que necesitaremos lubricante.

La excitación de Marc se propagó por todo su cuerpo como un incendio sin control. Se acercó a Leo, lo abrazó fuerte contra sí mismo, sintiendo la deliciosa frescura y carnosidad de su cuerpo de chubby cuyo pelo ha sido besado por el fuego y le metió la lengua en la boca, buscando la suya. La polla de Leo, bajo la curva de la barriga, despertó y adquirió la forma de un aguijón

del amor duro y decidido. Estaba listo para el placer. Marc tan solo llevaba puestos unos calzoncillos tipo bóxer y su vieja camiseta de los Pixies. Se desnudó en un segundo y medio.

—Méteme esa cosa —dijo Leo señalando la caja del Masajeador de Próstata Nexus Revo 2.

Despejaron la cama y Leo se puso a cuatro patas. Sus nalgas eran tersas como las de un adolescente, ni un solo pelo cuestionaba su suavidad. Tenía un culo gordo, bien formado y azotable. En primer lugar, Marc optó por preparar el ano. Lubricó la zona tan generosamente que sus rollizas nalgas relucían como un balón de playa flotando sobre el agua.

—¡Qué pringue! ¡Lo siento!

A continuación empezó a masajear con sus dedos. La noche anterior habían pegado un polvazo que le había dejado el agujero un tanto dilatado.

—Esto va a ser fácil. Aquí te cabe un autobús.

—Hum, lo que tú digas pero dame tres dedos. ¡Aaaaasí! Que lleguen hasta el fondo.

—¿Más?

—Hum, sí, un poco más, dale.

—¿Así?

—¡Ay!

—Perdón.

–No es nada. Despacio, no los saques, continúa.

–Tenemos que usar el juguete.

–No tengas prisa, dale.

Los dedos de Marc se hundían en la carne de Leo con facilidad. Los movía sobre su propio eje y se deleitaba escuchando los gemidos que provenían del otro lado.

– ¡Ay, dios! Mmmmmmm, sí. ¡OOOOo-ooohhh!

Mientras tanto, Marc se preguntaba si el Masajeador de Próstata Nexus Revo 2 podría competir con sus dedos. Quería pensar que no. Que lo humano seguía superando a lo prostético.

–Ooooooh, sácalos ya y méteme ese pequeño aparato eléctrico.

Marc obedeció, pero antes chequeó las distintas posiciones que admitía el Nexus Revo 2 y se familiarizó con su amplio abanico de movimientos y velocidades.

–Realmente este es un invento del demonio –dijo mientras lo aproximaba al magnífico valle que formaban las nalgas de Leo.

Éste las abrió ayudándose con sus dedos gordos, despejando su agujero hasta que estuvo perfectamente visible y preparado para recibir. Marc se sentía progresivamente encendido por la lujuria y la carnosidad expuesta.

–Este agujero parece muuuuy hambriento –murmuró con esa entonación propia de la intimidad sexual.

Introdujo el juguete muy despacio y lo dejó colocado en posición. Comprobó el estado de la polla de Leo y descubrió que se había desinflado un tanto por lo aparatoso de la experiencia.

–Es una sensación rara –dijo–. Encájalo mejor. Espera, sácalo y vuélvelo a meter, diría que no se ha acoplado bien, ay, me pellizca.

Marc siguió las instrucciones de su amigo.

–¿Y así?

–Así mejor.

–¿Y así?

–Mmmmmm, aún mejor. Creo que estoy listo. Ponlo en marcha.

Y entonces ocurrió. El extremo que masajeaba la próstata allá dentro del culo de Leo empezó a girar lentamente como una cabeza con tortícolis. Le produjo un singular hormigueo que a su vez desembocó en una agradabilísima y muy generosa sensación de placer. El cosquilleo se transmitía en oleadas por todo el corpachón de Leo, desde sus sonrosados pies hasta su acolchada nuca.

–¡OOOOOOOOOOOOOoooooooooh, dios mío!

–¿Y bien? –preguntó Marc innecesariamente.

–¡Dioooooos!

Marc contempló al aparato funcionando. Estaba perfectamente encajado en el culo de Leo y la superficie rugosa masajeaba la zona próxima a la bolsa escrotal. Agachó la cabeza y atisbó la polla de Leo, no demasiado grande, pero tiesa como un palo, con un hilo de precum pendiendo del extremo y aterrizando sobre las sábanas blancas. En toda la estancia no se escuchaba más que el difuminado sonido del aparato y los gemidos de Leo.

–¡Ooooooooooh!

El espectáculo era digno de verse. Aquellas nalgas carnosas, aquel chubby lampiño emitiendo toda una sinfonía de puro éxtasis. Marc estaba empalmado y se daba placer sin perder detalle. Masajeaba su enorme y grueso pollón de veinticinco centímetros en toda su longitud. Lo descapullaba y escupía sobre su hermoso glande inflamado de lujuria. Tenía frente a él a un gordito en la cama que estaba haciendo el amor con un pequeño aparato eléctrico. Probablemente, la era cyborg estaba aquí para quedarse. Cada vez, *Terminator* tenía más sentido.

–Ooooooh, sí.

Leo se masturbaba con furia, no tardaría en correrse.

–¡Dios! ¡Más rápido! –ordenó a su amigo.

Tontamente, Marc aceleró los movimientos de su mano derecha –también él estaba a punto de correrse– cuando comprendió que lo que Leo le había pedido era que aumentara la velocidad del aparato. Reaccionó y así lo hizo, lo puso a la máxima potencia. El extremo del pequeño droide Nexus Revo 2, el que estaba en contacto directo con la próstata, empezó a girar a una velocidad enloquecida, despeñando a Leo por una pendiente de placer desbocado como raras veces había experimentado. Los abundantes chorros de leche salieron despedidos sin control, sin que apenas se tocara con las manos. Su grito se escuchó hasta el Tibidabo. Sus rollizas nalgas se endurecieron con la consistencia del mármol blanco y apresaron el pequeño aparato como si no quisieran soltarlo nunca jamás.

–¡iiiiiiDIOS!!!!

Mientras tanto, Marc seguía masturbándose, hechizado con aquella fusión entre carne redonda y reluciente y mundo tecnológico. Se centró en masajear su polla en toda su longitud y dejó que los chorros de esperma aterrizaran sobre la suave y ancha espalda de su amante.

–¡Ahí va!

Leo los sintió derramarse sobre él y quedó henchido de gusto, fue el colofón perfecto.

El cuerpo de su joven amante se derrumbó a su lado y ambos quedaron resoplando por la intensidad de la experiencia.

–¿Qué...? –Marc intentó preguntar algo pero le faltaba oxígeno.

–¿Díme?

–Que qué tal –completó al fin.

–¿Que qué tal?

Verdaderamente, la pregunta no necesitaba respuesta. Marc se incorporó y extrajo con suavidad el Nexus Revo 2 del culo de Leo. Lo depositó con cuidado sobre una toalla y lo miró adustamente. No necesitó que su amigo respondiera a la pregunta. De hecho, sentía celos de aquel aparato.

La estela de Moby Dick

Era su última jornada juntos. Aquella misma tarde Leo se subiría a un avión rumbo a Nueva York, ciudad en la que vivía. Marc quería exprimir hasta el último minuto en compañía de su amigo, así que se sacudió las perezas y se propuso aprovechar bien el resto del día.

Se decidió a dar un empujón a su cuadro, *Ano #25*. Pidió a Leo que posara para él durante una hora, tiempo que aprovechó para realizar una serie de fotografías de su ojetete con su Hasselblad H4x. Leo se acomodó sobre el pedestal de los anos –así lo había bautizado Marc–, que básicamente consistía en una mullida isleta de almohadas, un rincón de su estudio por el que habían desfilado un buen número de chubbies y ositos redonditos ofreciendo los secretos mejor guardados de sus respectivas anatomías.

Días antes, Marc había tenido algo parecido a una discusión con su agente –y también amiga– Ginny. Ésta le insistió una vez más en la necesidad de dar por terminada la serie *Anos* y aceptar la oferta que les estaba haciendo una de